

Martes, 23 de marzo de 2010

## Xan López Facal

**«Toba era e é para nós o centro, o punto de encontro de todos»**

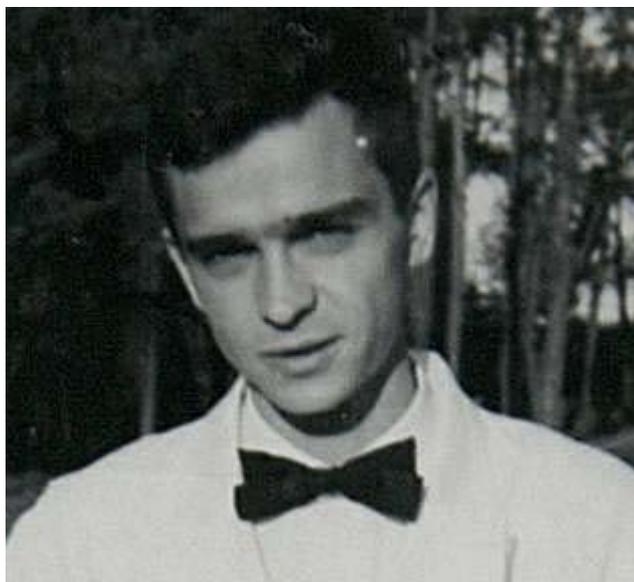
**Vivió su infancia en un pequeño lugar de Cee, origen que, dice, es el que marca, porque «a vida de aldea é a nosa»**

Su bisabuelo Ramón fue quien fundó la dinastía de los López, pero, sin duda, uno de los integrantes más emblemáticos de ella ha sido «Don Juan», **Juan de Toba**, el médico, fallecido hace casi unos diez años. Xan López Facal (Toba, Cee, 1940) es uno de sus nueve hijos. Cinco mujeres y cuatro varones. De esta casa hospitalaria paterna a la que regresa prácticamente cada fin de semana, su padre guardó documentos, «perfectamente ordenados en carpetas», desde el siglo XVII. Quienes vivieron en ella, apunta Xan, habían nacido en los alrededores de Cee. La primera que cambió esa tendencia fue su madre: «Meu pai fora, na súa familia, o único que estudara. Miña nai veu vivir para aquí con el. Era unha señorita de Lalín e Santiago, pero adaptouse perfectamente».

Esa misma casa fue la pionera en muchas cosas: el abuelo de Xan ideó el sistema para tener agua corriente, a muy pequeña escala, cuando corría el final del siglo XIX y el principio del XX. Los años que tiene -de los que su agilidad no da cuenta, ni por asomo-, le permiten recordar aquellos tiempos en los que se alumbraba con «luz de candil, co aceite que sobra de preparar as sardiñas». Después, llegaría la de carburo. Hasta que su padre instaló, en los 50, una pequeña dinamo en el río de Toba y, así, fueron los primeros en disponer de un «tendido eléctrico, daquela maneira». Después de eso llegó la radio y, a continuación, el coche. «Fomos un paso por adiante, vivimos unha auténtica revolución», apunta Xan.

De su padre ha heredado un tremendo amor por los árboles, por el gallego y por la lectura. También su tenacidad. «Cando meu pai estudaba, ía en cabalo ata Santiago, dende Toba, para facer os exames». La casa tiene, pues, raíces profundas y añadidos construidos por el propio médico a medida que iban llegando los hijos. «Cando el morreu, fixemos de todo isto unha comunidade de bens. Todo é de todos». La suya es, desde muy atrás, una familia unida.

Cada árbol que se cae en las inmediaciones de la casa o cada incendio (y ya pasaron varios) se vive como una tragedia. «Todos temos este lugar como punto de reunión, aquí vivimos dende que eramos pequenos. Para nós isto, Toba, é exactamente o centro». Aquel que fue



«pai de toda a comarca» siempre abogó por la unión y por la permanencia. «Cando quedou viúvo, intentamos levalo con nós, pero dixo que non, que as árbores vellas non podían ser trasplantadas». Y en Toba permaneció hasta su muerte, cuando rondaba los 93 años. Son sus hijos los que recorren ahora los caminos que antes hacía el médico: hasta Muxía, Carnota, Cee... Entonces, les explicaba todo y se interesaba por otro tanto: Rosalía de Castro, los archivos de las parroquias, la pestes, la historia local o el pasado de Galicia.

### **Sintiendo el rural**

Varios de los hermanos mayores vivían, durante la temporada del curso, con los abuelos de Lalín. Ese grupo incluía a Xan. Sin embargo, el verano se pasaba en Toba, «vivindo coma toda a xente, indo cas vacas, montados no carro ou indo apañar o mato ao monte». Era, en sí misma, una vida de aldea: «Eu recuerdo darlle auga ás vacas con verdura escaldada e un puño de fariña; lembro tamén as pescas de Fisterra, descalzas, vindo ata aquí vender o peixe; ou ir andando ata as feiras de Senande para vender os cuchos...». Los inviernos, parecía, no acababan nunca.

Ni siquiera en los fines de semana, rememora Xan, era raro ver a su padre atender pacientes. «Sentábanse aí, debaixo de onde están esas iniciais de meu pai, e el íaos recibindo». La casa se hacía así, más grande. Incluso, ya jubilado de su profesión como médico, recibía a jóvenes que elaboraban tesis, buscaban documentos o información. Todos los hermanos López cursaron estudios superiores. Su padre pudo formarse «gracias á fundación Fernando Blanco» y, ellos, gracias al esfuerzo de sus progenitores. Aquellos no eran tiempos en que todos pudieran hacerlo. Las aldeas sí tenían mucha población joven, pero no tantos recursos. Lograr que los nueve hijos tengan hoy en día titulaciones, económicamente, no fue fácil.

La diversión se encontraba jugando a la estornela, al «juá», a los trompos de mica, a las bolas de sauco o a matar lagartos con tiragomas. Tiene en la mente aquellos cantos que emitían los carros de las vacas, «aprentendo os eixos co peso que tiñan». Xan López rememora las cosechas de maíz: «ir por el, debullalo, apilalo, ir ao muíño, volver coa fariña...». Se metían en todo, hasta que les decían lo típico: «¡Estades moi folgados!».

En el día a día, Xan López Facal es urbanita . Ejerce como compostelano, pero tiene claro que «a vida de aldea é a nosa». Alrededor de la casa de Toba, cuida un inmenso jardín. Un bosque con especies que han ido trayendo de lugares muy diferentes. Ello no quita el espacio para el freixo que en su día plantó su bisabuelo o para la palmera con la que un tío de su padre hizo lo propio. Ellos marcan aún la referencia en el hogar.

